

la edad de treinta y cinco años, parecía tener cuarenta. Cuando, obligado por el decoro, dirigía Granville la palabra á su mujer ó se quedaba á comer en su mesa, feliz de imponerle su presencia, sus homilias agrídulces y el insoportable fastidio de su sociedad de beatas, procuraba ella ponerle en ridículo delante de sus criados y de sus caritativas amigas. Ofrecióse al conde la presidencia de una cámara real, y como entonces estaba muy bien con la corte, rogó al ministerio que le dejase en París. Esta renuncia, cuyos motivos sólo conocía el ministro de Justicia, sugirió las conjeturas más extravagantes á las íntimas y al confesor de la condesa. La fortuna de Granville podía valuarse en cien mil libras de renta, y perteneciendo á una de las casas más nobles de Normandía, su elevación á una presidencia era un peldaño que le serviría para llegar á la dignidad de par. ¿A qué atribuir que fuese tan poco ambicioso? ¿Cómo se explicaba que hubiese abandonado su gran obra sobre el derecho? ¿En qué apoyar aquella conducta disoluta que desde seis años atrás le hacía extraño á la casa, á su familia, á sus ocupaciones, á todo lo que debía serle querido? El confesor de la condesa, que para conseguir su obispado, contaba, tanto con el apoyo de las casas donde dominaba como con los servicios hechos á cierta congregación de la cual fué el más ardiente propagandista, se sintió contrariado por la negativa de Granville, y trató de calumniarlo con gratuitas suposiciones: si mostraba el señor conde tanta repugnancia á trasladarse á provincias, ¿es que le asustaba tal vez la necesidad en que se vería de regularizar su vida? Puesto en el caso de dar ejemplo de buenas costumbres, viviría con la condesa, de quien sólo podía apartarle una pasión ilícita; y una mujer tan pura como la señora de Granville ¿suscribiría nunca á los desórdenes sobrevenidos en la conducta de su marido?... Las buenas amigas transformaron en verdades estas palabras, que desgraciadamente no eran simples hipótesis, y Angélica sufrió una conmoción, como herida por el rayo. Sin conocimiento de las costumbres que privaban en la alta sociedad, ignorante en cosas de amor y de sus locuras, estaba tan lejos de pensar que el matrimonio pudiera contener incidentes distintos á los que le enajenaron el corazón de Granville, que le juzgó incapaz de faltas tales que para todas las mujeres son crímenes. Cuando ya nada reclamó el conde de ella, había imaginado que la tranquilidad de que

parecía poseído era cosa muy natural; y como le había entregado todo el afecto que podía encerrar su pecho hacia un hombre, y las conjeturas del confesor destruían por completo las ilusiones que alimentara hasta aquel punto, tomó la defensa de su esposo, aunque sin poder destruir la sospecha tan hábilmente deslizada en su espíritu. Estos sucesos causaron tales estragos en su débil cerebro, que cayó enferma y fué presa de una fiebre lenta. Ocurrían estos sucesos durante la cuaresma de 1822, y como no quiso dejar sus austeridades, llegó poco á poco á una consunción que hacía temer por su vida. Las miradas indiferentes de Granville la mataban. Los cuidados y las atenciones del magistrado parecíanse á las que un sobrino se esfuerza en prodigar al tío viejo. Aunque la condesa renunció á sus matracas y no sermoneaba ya, haciendo lo posible por acoger á su marido dirigiéndole cariñosas palabras, la aspereza del genio de la santurróna destruía á menudo con una sola palabra la obra de una semana. Hacia fines de mayo, las tibias auras de primavera y un régimen más nutritivo que el empleado durante la cuaresma, devolvieron algunas fuerzas á la señora de Granville. Una mañana, al volver de misa, fué á sentarse sobre un banco de piedra de su jardinillo, donde las caricias del sol le recordaban los primeros días de su casamiento, y abrazó de una ojeada su vida entera para inquirir en qué había podido faltar á sus deberes de madre y de esposa. El abate Fontanón se presentó dando muestras de una agitación que fuera difícil describir.

—¿Le ha ocurrido á usted alguna desgracia, padre?—preguntóle ella con filial solicitud.

—¡Ay! bien querría yo—replicó el sacerdote normando—que todos los infortunios con que aflige á usted la mano de Dios, me fuesen distribuidos; se trata, mi respetable amiga, de una de esas pruebas á que es necesario saber someterse.

—¿Cómo? ¿pueden sobrevenirme castigos más grandes que aquellos con que me anonada su providencia, sirviéndose de mi marido como instrumento de la cólera divina?

—Prepárese usted, hija mía, á soportar males más graves que los que habíamos supuesto de acuerdo con las piadosas amigas.

—Debo agradecer entonces á Dios que se digne servirse de usted para transmitirme sus designios, colocando así,

como siempre, los tesoros de su misericordia cerca de los azotes de su ira, como antes, desterrando á Agar, le descubría un manantial en el desierto.

—Ha medido la pena por la fuerza de su resignación de usted y el peso de sus faltas.

—Hable usted, que estoy pronta á oírlo todo.—Y diciendo así, levantó la condesa los ojos al cielo.—Hable usted, señor Fontanón.

—Hace siete años que el señor Granville comete pecado de adulterio con una concubina, de quien tiene dos hijos, y ha disipado, para sostener á esa familia adulterina, más de quinientos mil francos, que debieran pertenecer á la familia legítima.

—Sería preciso que yo lo viese por mis propios ojos.

—¡Guárdese usted bien de ello! Usted debe perdonar, hija mía, y esperar en la oración que Dios ilumine á su esposo, á menos que no emplee contra él los medios que le ofrecen las leyes humanas.

El largo palique que sostuvo el abate con la condesa produjo en ella un cambio violento; despidió la penitente al confesor; mostróse, con la cara casi encendida de color, á la servidumbre, que se asustó viendo su actividad de loca; mandó que engancharan sus caballos; dió contraorden en seguida; cambió de parecer veinte veces en la misma hora, y al cabo, como si hubiera tomado una resolución extrema, salió á las tres, dejando admirada á la casa por trastorno tan brusco.

—¿Volverá el señor á comer?—preguntó al ayuda de cámara con quien no hablaba jamás.

—No, señora.

—¿Le ha llevado usted al Palacio esta mañana?

—Sí, señora.

—¿No es lunes hoy?

—Sí, señora.

—¿Es que se asiste ahora al Palacio los lunes?

—¡Que te lleve el diablo!—exclamó el criado viendo partir á su ama, quien dijo al cochero: «Calle Taitbout.»

La señorita de Bellefeuille lloraba; á su lado estaba Roger, con una de las manos de la pobre mujer entre las suyas, silencioso, y dirigiendo de cuando en cuando sus dulces miradas á Carlitos, que, como no entendía palabra del duelo de su madre, permanecía quieto viéndola llorar, y la cuna

donde dormitaba Eugenia. Fijábase luego en el rostro de Carolina, cuya tristeza diríase que era como la lluvia cayendo á través de los rayos de un sol radiante.

—Pues sí, ángel mío—dijo Roger después de una pausa larga,—ahí tienes el gran secreto, soy casado. Pero llegará un día, esa esperanza tengo, en que no constituyamos más que una sola familia. Mi mujer está desde mayo muy quebrantada; no deseo su muerte, pero si le place á Dios llamarla á su seno, me parece que será más feliz en el paraíso que en un mundo cuyas penas y cuyos goces no siente.

—¡Cuánto aborrezco á esa mujer! ¿Cómo ha podido hacerse desventurado? Y, sin embargo, á esa desgracia debo mi felicidad.

Enjugó sus lágrimas y dió un beso á Roger.

—Esperemos, Carolina. No te asuste lo que te ha dicho ese abate. Aunque sea el confesor de mi mujer hombre temible por su influencia en la congregación, si intentase turbar nuestra dicha, sabría yo adoptar el partido...

—¿Qué harías?

—Huir; iríamos á Italia.

Un grito que resonó en el cuarto próximo hizo á la vez estremecerse á Roger y temblar á la señorita de Bellefeuille, y les obligó á entrar precipitadamente en el salón donde hallaron á la condesa desvanecida. Al recobrar los sentidos, suspiró la señora de Granville profundamente viendo que tenía al lado, junto con el conde, á su rival, que rechazó con un gesto involuntario de soberano desprecio.

La señorita de Bellefeuille se levantó, haciendo ademán de retirarse.

—Está usted en su casa, señora; quédese usted—dijo Granville deteniendo á Carolina por el brazo.

Cogió á su mujer moribunda, llevóla hasta el coche y subió con ella.

—¿Qué puede haberle obligado á desear mi muerte y abandonarme?—preguntó la condesa con voz débil, contemplando á su marido tan indignada como dolorida.—¿No era joven yo? Le había parecido á usted bella ¿qué tiene, pues, que echarme en cara? ¿no he sido virtuosa y prudente? Mi corazón sólo ha conservado su imagen; en mis oídos sólo ha resonado su voz. ¿Qué deber tiene una casada, que no haya cumplido? ¿qué le he rehusado?

—La felicidad—respondió el conde con voz firme.—Ya

lo sabe usted, señora; hay dos maneras de servir á Dios. Ciertos cristianos imaginan que entrando á horas fijas en una iglesia para rezar *Pater noster*, oyendo asiduamente misa y absteniéndose del más leve pecado, ganan el cielo; y esos, señora, van al infierno, porque no han amado á Dios por amor de Dios mismo, no le han adorado como quiere que se le adore, ni le han hecho ningún sacrificio. Aunque parezcan dulces, son duros para el prójimo; ven la regla, la letra, y no el espíritu. Así se ha portado usted con su esposo de la tierra: sacrificando mi dicha á su salvación de usted. La encontraba á usted rezando cuando yo llegaba con el corazón lleno de júbilo, y se ponía usted á llorar cuando debiera distraerme del cansancio de mis tareas: no ha sabido usted satisfacer exigencia alguna en mis placeres.

—Y si eran criminales—exclamó la condesa con ardor—¿iba yo á perder mi alma por complacerle á usted?

—Hubiera sido un sacrificio, que otra más amante ha tenido el valor de hacerme—dijo fríamente Granville.

—¡Oh, Dios mío!—sollozó ella—¡ya le oyes! ¿Era digno de mis plegarias y de mi austeridad, en que me he agotado y consumido para lavar sus faltas y las mías? ¿Para qué sirve la virtud?

—Para ganar el cielo, querida. No se puede ser á un mismo tiempo esposa de un hombre y esposa de Jesucristo, porque se cometería delito de bigamia: es necesario saber optar entre un marido y un convento. Ha despojado usted su alma de todo amor, en beneficio de la vida futura, de toda la abnegación que Dios mandaba que se me tuviese, y no ha guardado usted para el mundo más que sentimientos de odio...

—¿No le he amado á usted nunca?

—No, señora.

—¿Qué es, pues, el amor?—inquirió involuntariamente la condesa.

—El amor, querida...—añadió Granville con una especie de sorpresa irónica—no está usted en condiciones para comprenderlo. El cielo frío de Normandía no puede ser el cielo alegre y radiante de España. No hay duda que en la cuestión de los climas está el secreto de nuestra desgracia. Amoldarse á nuestros caprichos, adivinarlos, gozar en el mismo sufrimiento, sacrificarnos la opinión de las gentes, el amor propio, hasta la religión, y no considerar estas ofrendas más

que como granos de incienso quemados á la gloria del ídolo, eso es amor...

—Amor de bailarinas de la Opera—gritó la condesa horrorizada.—Esas pasiones deben ser efímeras, y no pueden dejar más que cenizas ó ascuas, pesadumbre ó desesperación. La esposa, caballero, debe ofrecer, en mi sentir, una amistad verdadera, un afecto uniforme, tibio, y...

—Usted habla del calor como los negros del frío—repuso el conde con sonrisa sardónica.—Tenga usted en cuenta que la margarita más humilde es más seductora que la rosa con espinas más orgullosa y brillante, aunque nos atraigan por sus penetrantes perfumes y sus vivos colores en primavera. Por otra parte, quiero hacerle á usted justicia. Se ha mantenido usted tan bien en la línea del deber, según las apariencias que la ley ha prescrito, que para demostrarle en qué ha faltado respecto á mí, fuera preciso entrar en ciertos pormenores que su dignidad no sabría tolerar y que le parecerían el trastorno de toda moral.

—¿Se atreve usted á hablar de moral, saliendo de la casa donde ha disipado usted la fortuna de sus hijos, en un antro de corrupción y libertinaje?—saltó fuera de sí y furiosa por las reticencias de su marido.

—Señora, alto ahí—dijo el conde con toda su sangre fría, interrumpiendo á su mujer.—Si la señorita de Bellefeuille es rica, no lo es á costa de nadie. Mi tío era dueño de su fortuna, y tenía varios herederos; en vida, y por pura devoción á la que consideraba como sobrina, le ha cedido su tierra de Bellefeuille. El resto lo debo á sus liberalidades...

—Conducta digna de un jacobino—exclamó la piadosa Angélica.

—Olvida usted, señora, que su padre fué uno de esos jacobinos; que, siendo mujer, condena usted con tan poca caridad—observó severamente el conde.—El ciudadano Bon-tens firmó sentencias de muerte en el tiempo en que mi tío no ha hecho más que servicios á Francia.

Callóse la señora de Granville. Pero después de una pausa, despertó el recuerdo de lo que acababa de ver, los celos, que con nada de este mundo se destruyen en el corazón de la mujer, y murmuró en voz baja y como hablando consigo misma:

—¿Y que pueda perderse así su alma y la de los demás!

—Eh, señora—replicó el conde cansado de aquella con-

versación;—quizás le toque á usted responder de todo esto algún día.—Esta amenaza hizo temblar á la condesa.—Tendrá usted excusa, es indudable, á los ojos del juez indulgente, por la buena fe con que usted ha labrado mi desgracia, y yo no la odio; á quien aborrezco es á las gentes que han maleado su alma y revuelto su juicio. Usted ha rogado por mí, de igual manera que la señorita de Bellefeuille me ha entregado su corazón, colmándome de amor y de ternera. Debía usted haber sido, una cosa tras de otra, mi amante y la santa que ruega al pie del altar. Hágame la justicia de confesar que no soy malo ni libertino. Mis costumbres son puras. ¡Ay de mí! Al cabo de siete años de sufrimiento, el ansia, la necesidad de ser feliz, me ha conducido, por una pendiente insensible y suave, á amar á otra mujer, y á crear-me otra familia á más de la mía. No crea usted que soy yo el único: hay en esta capital millares de maridos, arrastrados todos por causas distintas á esta doble existencia.

—¡Gran Dios!—suspiró la condesa.—¡Cuán pesada de llevar es ahora mi cruz! Si el esposo que me ha impuesto tu cólera no puede ser feliz aquí abajo más que con mi muerte, llámame á tu seno.

—Si hubiera tenido siempre sentimientos tan admirables y tan plausible abnegación, aun seríamos dichosos—contestó friamente el conde.

—Pues bien—agregó Angélica derramando un torrente de lágrimas,—¡perdóname si he faltado! Sí, señor; estoy pronta á obedecer en todo, segura de que usted nada desea fuera de lo justo y natural: seré en lo sucesivo todo lo que quiere usted que sea la esposa.

—Señora, si la intención es obligarme á declarar que ya no os amo, tendré el horrible valor de ilustrarla sobre este punto. ¿Puedo mandar en mi corazón? ¿puedo borrar, ni por un solo instante, el recuerdo de quince años de martirio? No amo ya. Estas palabras encierran un misterio tan profundo como el contenido en la frase «amo». La estimación, la consideración, la deferencia, se ganan, desaparecen, vuelven; pero el amor, así estuviera reclamándolo mil años, no conseguiría hacerlo renacer, sobre todo para una dama que ha envejecido por capricho suyo.

—¡Ah, señor conde! del deseo sinceramente que esas palabras no las oiga usted algún día de labios de la que adora, en el tono y el acento con que usted las pronuncia...

—¿Quiere usted ponerse esta noche un vestido á la griega y venir á la Opera?

El estremecimiento de calofrío que esta pregunta causó con empuje raudo y súbito á la condesa, fué una respuesta muda.

A media noche de uno de los primeros días del mes de diciembre de 1833, pasaba por la calle de Gaillon un hombre cuyos cabellos enteramente blancos y cuyo rostro parecía anunciar que le habían envejecido, más que los años, los pesares. Detúvose delante de una casa humilde que sólo tenía dos pisos, y examinó una de las ventanas levantadas á la altura del techo y guardando distancias iguales, como se ve en las buhardillas. Débil era el resplandor que iluminaba aquella pobre cristalería, en que el papel reemplazaba en algunos cuadros á los vidrios. El transeunte miraba aquella claridad vacilante con la curiosa atención de los callejeros parisienses, cuando salió de pronto un joven, y como los pálidos vislumbres del reverbero daban en el rostro del observador, no admirará á nadie que, á pesar de las tinieblas de la noche, aquél se adelantase con las precauciones que se emplean en París cuando uno teme equivocarse al tropezar con persona que no nos parece desconocida.

—¡Cómo!—dijo.—¿Es usted, señor presidente, solo, á pie, y á estas horas, y tan lejos de la calle de San Lázaro? Permítame que me honre ofreciéndole el brazo. El piso está tan resbaladizo esta madrugada que si no nos sostenemos mutuamente—añadió queriendo trastear la vanidad del viejo—nos será muy difícil evitar una caída.

—Pero, querido señor, conste que no tengo más que cincuenta y cinco años, desgraciadamente para mí—respondió el conde de Granville.—Un médico tan célebre como usted no debe ignorar que el hombre está á esa edad en toda la plenitud de su fuerza.

—Está usted, pues, de suerte—añadió Horacio Bianchón.—No tiene usted, á lo que presumo, costumbre de ir á pie por París. Cuando se poseen tan hermosos caballos...

—Es que son muchas las veces—siguió diciendo el conde;—cuando no voy á ciertas reuniones, vuelvo del Palacio Real ó del círculo de los Extranjeros pedestremente.

—Y llevando, sin duda, grandes sumas en el bolsillo ¿Qué es eso sino jugar con el puñal de los asesinos?

—No les temo—murmuró Granville con aire triste é indiferente.

—Por lo menos no se queda uno plantado—observó el médico arrastrando al juez hacia el *boulevard*.—A poco creería que quiere usted robarme su enfermedad y morir á otra mano que á las mías.

—¡Ah! me ha sorprendido usted ejerciendo de espía. A pie ó en coche, y por alta que sea la hora de la noche, hace tiempo que mis miradas van detrás de una ventana del tercero de la casa que acaba usted de abandonar y donde descubro la sombra de un ser que, según parece, trabaja con valor heroico.—Detúvose el conde como si hubiera sentido una pena que le asaltara de improviso. Después continuó: —Me inspira ese desván tanto interés como el que puede inspirarle á cualquier ciudadano de París el remate del Palacio Real.

—Pues, mire—interrumpió con viveza Horacio,—yo puedo...

—No me diga usted lo más mínimo—dijo Granville cortando la palabra á su médico.—Ni un céntimo daría por saber si la sombra que se mueve sobre esas cortinas agujereadas pertenece á un hombre ó á una mujer, ni si el habitante de ese cuchitril es dichoso ó desgraciado. Si me ha sorprendido el no ver á nadie trabajando esta noche, si me detuve fué por el capricho de hacer conjeturas tan varias y tontas como las que hacen los desocupados en presencia de una construcción súbitamente abandonada. Hace nueve años, mi joven...—pareció que vacilaba el conde en emplear un vocablo; se encogió de hombros y prosiguió:—No, no le llamaré á usted mi amigo; detesto todo cuanto afecte á los sentimientos. Decía que hace nueve años que no me admiro de nada, sino en la medida que los viejos se complacen cultivando flores ó plantando árboles; la experiencia de la vida les ha enseñado á no creer en los afectos humanos. En pocos días he envejecido yo. No quiero interesarme sino por los animales que no razonan, por las plantas, por todo lo que carece de vida íntima, interior. No hago más caso de los movimientos de la Taglioni que de todos los sentimientos humanos. Abomino de la vida y de un mundo en que estoy solo. Nada, nada—agregó levantando la voz con ex-

presión tal, que hizo vacilar al joven,—no, nada me conmueve ni me interesa.

—¿Tiene usted hijos?

—¡Mis hijos!—suspiró con marcado acento de amargura. —¿No es la mayor de mis hijas condesa de Vandenesse? En cuanto á la otra, el casamiento de su primogénita le prepara una bella alianza. ¿Mis hijos no están bien acomodados? El vizconde, de procurador general que era en Limoges, ha pasado á ser presidente de Orleans, y el pequeño vive aquí y es procurador del rey. Mis hijos tienen sus preocupaciones, sus inquietudes, sus asuntos. Si uno solo de sus corazones se hubiera consagrado enteramente á mí, queriendo llenar con su afecto el vacío que siente mi alma, ese hubiera echado á perder su existencia, su porvenir, sacrificándose. Y después de todo ¿para qué? ¿Para alegrar los pocos años que me quedan? ¿Lo hubiera conseguido? ¿No hubiera yo considerado sus generosas atenciones como una deuda? Pero...—el viejo sonrió con profunda ironía.—Pero, doctor, no les enseñamos en vano la aritmética, ni en vano aprender á calcular. En estos instantes esperan, sin duda, mi herencia.

—¡Oh, señor conde! ¿Cómo puede usted abrigar esa idea, siendo tan bueno, tan obsequioso, tan humano? En verdad, que si no fuera yo una prueba viva de esa beneficencia que concibe usted tan hermosa, tan sin límites...

—Por mi gusto. Pago una emoción, como pagaré mañana con un puñado de oro la más pueril de las ilusiones que se me meta en el espíritu... Favorezco á mis semejantes en atención á mí mismo, por el propio motivo que voy á una mesa de juego; de manera, que no cuento nunca con que me lo agradezca nadie. Le vería morir á usted sin parpadear, y pido que de esa manera se me considere. ¡Ah, joven! la vida ha pasado con sus trastornos por mi corazón, como las lavas del Vesubio sobre Herculano: la ciudad existe, muerta.

—Los que han arrastrado á ese punto de insensibilidad un alma tan ardiente y tan viva como lo era la de usted, son muy culpables.

—No diga usted una palabra más—saltó el conde con sentida mueca de horror.

—Sufre usted una enfermedad, que habría de permitirme que la curase—dijo Bianchón muy emocionado.

—¿Conoce usted un remedio contra la muerte?

—Pues bien, me comprometo, señor conde, á reanimar ese corazón que usted cree tener tan frío.

—¿Vale usted tanto como Talma?—preguntó con fina ironía el presidente.

—No, señor; pero la naturaleza es tan superior á Talma, como Talma podría ser superior á mí. Escúcheme. La buhardilla que tanto le interesa, está habitada por una mujer de treinta años, y el amor que ella siente raya en el fanatismo. El objeto de su culto es un joven de linda figura, pero á quien un hado perverso ha dotado de todos los vicios imaginables. Es jugador, y no sé qué le gusta más, si las mujeres ó el vino. Tengo conocimiento de que ha cometido bajezas bien dignas de una prisión correccional. Bueno, pues esa mujer desgraciada le ha sacrificado una existencia muy bella, un hombre que la adoraba y de quien tenía hijos. Pero ¿qué le pasa á usted, señor conde?

—Nada, continúe.

—Le ha dejado ella disipar toda una fortuna, y le daría el mundo, según creo, si lo tuviese en su mano. Trabaja noche y día; y ha visto con mucha frecuencia, sin quejarse, á ese monstruo á quien adora, malgastarle hasta el dinero destinado para pagar los vestidos de que carecen sus hijos, y el dinero que se guardaba para comer al día siguiente. Hace tres días que ha vendido los cabellos, los más hermosos cabellos que he visto nunca: en eso llegó él, sin que la pobre tuviera tiempo para esconder su pieza de oro, y el infame se la ha pedido; por una sonrisa, por una caricia, le ha entregado ella el valor de quince días de vida y de tranquilidad. ¿No es eso horrible y sublime á la vez? Pero el trabajo empieza á hundirle las mejillas. El llanto de sus hijos le ha desgarrado el alma, y ha caído enferma. Esta noche no tenía nada que comer y á sus hijos les faltaban ya fuerzas para llorar. Se callaron cuando yo llegué.

Horacio Bianchón interrumpió su relato. El conde de Granville había metido inconscientemente su mano en el bolsillo del chaleco.

—Me explico, joven amigo, que ella pueda vivir aún, si usted la cuida.

—¡Ah! ¡quién no socorrería á la pobre criatura! Quisiera ser más rico, pues confío en curarla de su apasionamiento.

—Pero—observó el conde retirando de su bolsillo la

mano sin que el médico viese los billetes que parecía haber buscado su protector—¿cómo quiere usted que me apiade de una miseria, en que hay un goce que no me parecería caro, aunque tuviese que dar por él toda mi fortuna? Esa mujer siente, pues vive. ¿No habría dado Luis XV todo su reino por levantarse de su sepulcro y gozar tres días de juventud y de vida? ¿No es esa la misma historia de un millar de muertos, de un millar de enfermos, de un millar de viejos?

—¡Pobre Carolina!—exclamó el médico.

Al oír este nombre, sintió el conde de Granville una especie de desvanecimiento, y agarró por un brazo al médico, que imaginó que le oprimían las dos bocas de hierro de un tornillo.

—¿Se llama Carolina Crochard?—preguntó el presidente con la voz alterada.

—¿La conoce usted?—dijo el doctor admirado.

—Y el miserable se llama Solvet... ¡Ah! me ha cumplido usted su palabra; ha conmovido usted mi corazón con la más terrible de las emociones que sufrirá hasta que se convierta en polvo. Esta emoción es un regalo más que me trae el infierno, y yo sé cómo agradeceréle.

Habían llegado hablando así, el conde y el médico, al ángulo de la calle *Chaussée-d'Antin*. Uno de esos niños que se ven de noche con una banasta de mimbre á la espalda y un gancho en la mano, y que han sido bautizados festivamente, durante la revolución, con el nombre de «miembros del comité de investigaciones», se encontraba cerca del guardacantón donde se acababa de detener el presidente. Este trapero tenía una cara aviejada, digna de figurar entre las que Charlet ha inmortalizado en sus caricaturas de la escuela del barrendero.

—¿Encuentras muchas veces billetes de mil francos?—le preguntó el conde.

—Alguna vez, nostramo.

—¿Y los devuelves?

—Según la recompensa prometida...

—Ya encontré á mi hombre—gritó el conde presentando al trapero un papel de mil francos.—Toma, pero á condición de que los gastes en la taberna, de que te emborraches, de que armes camorra, de que pegues á tu mujer, de que saques los ojos á tus amigos. Esto pondrá en movi-

miento á la guardia, á los cirujanos, á los farmacéuticos, quizás á los gendarmes, á los procuradores del rey, á los jueces y á los carceleros. Nada cambies de este programa, ó ya sabrá el diablo vengarse tarde ó temprano de ti.

Sería preciso que un mismo hombre poseyera á la vez el lápiz de Charlet y el de Callot, los pinceles de Teniers y el de Rembrandt, para pintar exactamente esta escena nocturna.

—Ya está saldada mi cuenta con el infierno, y he gozado con mi dinero—dijo el conde con voz grave, señalando al médico, que le miraba estupefacto, la cara indescriptible del sorprendido traperero.—En cuanto á Carolina Crochard—añadió,—puede morir torturada por los horrores del hambre y de la sed, oyendo los gritos desgarradores de sus hijos moribundos y reconociendo la baja condición del hombre á quien ama: no daría un denario para evitar que sufra, y no quiero volverle á ver á usted, sólo porque la ha socorrido...

Dejó el conde á Bianchón más inmóvil que una estatua, y desapareció, dirigiéndose con la ligereza de un joven hacia la calle de San Lázaro, llegando prontamente al hotel en que habitaba, y en cuya puerta vió, no sin viva sorpresa, detenido un carruaje.

—El señor procurador del rey—dijo el ayuda de cámara á su amo—está esperándole hace una hora para hablarle, y está en su dormitorio.

Granville mandó al criado que se retirase.

—¿Tan importante es el motivo que te obliga á quebrantar la orden que he dado á mis hijos para que no vengan á mi casa sin que se les llame?—preguntó el anciano á su hijo.

—Padre mío—respondió el magistrado con voz trémula y respetuosa,—espero que me perdonará usted cuando me haya escuchado.

—La contestación es atendible. Siéntate. Pero que yo ande ó que esté sentado, no hagas caso de mí.

—Padre mío, esta tarde á las cuatro se ha detenido á un muchacho joven en casa de un amigo mío, donde acababa de cometer un robo. Reclama en su nombre y pretende que es hijo de usted.

—¿Se llama...?—preguntó el conde temblando.

—Carlos Crochard.

—Basta—gritó el padre con gesto imperativo.

Paseóse Granville por la estancia donde reinó tan grave silencio, que su hijo se guardó de turbar.

—¡Mi hijo...!—Y fueron pronunciadas estas palabras en un tono tan dulce y paternal, que el magistrado se estremeció.—Carlos Crochard no ha mentido. Me alegro de que hayas venido esta noche, mi buen Eugenio. Aquí tienes una suma bastante fuerte—y le presentó un fajo de billetes del Banco.—Haz el uso que estimes conveniente para arreglar eso. Confió en ti, y apruebo desde luego todas tus disposiciones, sea para el momento, sea para lo porvenir. Ven á abrazarme, querido hijo; nos vemos quizás por la última vez. Mañana pediré licencia al rey, me voy á Italia. Si un padre no debe dar cuenta de su vida á los hijos, debe, por lo menos, legarles la experiencia que le ha dado la suerte; porque, ¿acaso no constituye ese fondo de enseñanzas una parte de la herencia? Cuando te cases no realices con ligereza este acto, que es el más grave y el de más transcendencia de todos los actos á que nos obliga la sociedad. Acuérdate de estudiar mucho tiempo el carácter de la mujer con quien debas asociarte; pero consúltame, pues quiero juzgarla por mí mismo. La unión incompleta, defectuosa, entre dos esposos, cualquiera que sea la causa que la haya producido, acarrea horribles infortunios; y tarde ó temprano nos vemos castigados, por no obedecer las leyes sociales. Te escribiré desde Florencia á este propósito; un padre, sobre todo cuando tiene el honor de presidir una Cámara suprema, no debe ruborizarse en presencia de su hijo. Adiós.

París, febrero 1830.—Enero 1842.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO